



DE CUBA A RODRIGUEZ DEMORIZI

Francisco Dorta-Duque

Pecaría de ingratitud la voz cubana que habiendo conocido el amor profundo, demostrado en conspicuas obras, históricas y literarias, de don Emilio Rodríguez Demorizi hacia Cuba, no se alzara para honrar y llorar la memoria del eximio historiador dominicano.

Si esa voz callara, gritarían, no digo las piedras sino los erguidos penachos de toda palma real, que es reina y corona, al mismo tiempo, de la campiña cubana.

Don Emilio no cesaba de hablar de Cuba. De cualquier tema. De su historia colonial, republicana o contemporánea.

Preguntaba por sus amigos historiadores como quien habla de vecinos o de solterones de tertulia diaria. Admiraba y conocía a todos. Santovenia, Souza, Fernando Ortiz, Portell Vilá, Remos Chacón y Calvo, Mañach, Ramiro Guerra, Le Riverend, Orestes Ferrara, desde luego. A todos.

Pero su amistad más íntima fue, tal vez, don Emilio Roig de Leuschering, quien fungía permanentemente el cargo de Historiador de la Ciudad de La Habana.

Creo que Rodríguez Demorizi deseaba la creación de ese cargo para la Ciudad Primada de América. Tal vez por su digna modestia no produjo esa iniciativa en vida y, precisamente, mientras ocupaba

la Presidencia del Ayuntamiento de Santo Domingo. Porque, obviamente, la persona más llamada para ocupar, de inmediato y mientras viviese, ese cargo era sólo él mismo.

Ojalá que alguna vez el Cabildo capitalino crease tal cargo en memoria del finado historiador.

Pero, además, sus propias obras históricas proclaman con estrépito, que resuena en todo el Caribe, su devoción por Cuba.

No hubo país, fuera de su patria, que mereciese más los desvelos de la pluma del historiador de Cuba.

Y, sobre Cuba, escribió "libros libros", que no folletos ni ensayos.

Los voluminosos estudios sobre Martí y sobre Maceo en Santo Domingo son, sin duda, de los más extensos de su producción histórica.

Heredia, a quien destaca como descendiente dominicano, es finamente retratado como "el cantor del Niágara". En cuya caída el poeta rememora, en ilusión lírica y con nostalgia de exilio: "las palmas ¡ay! las palmas de mi patria...".

Y no por sometimiento al acaso se esforzó el historiador en situar a dichos próceres cubanos en el ámbito de Santo Domingo, sino porque quería que su pluma sirviera de imán que atrajera poderosamente sus espíritus desde el más allá y de firme acero que los soldara, en forma perenne, a Santo Domingo.

Conservo, como fino obsequio del recién fallecido historiador varios de sus libros con el sello de dedicatoria. En muchos impregnados, página por página, de su amor a Cuba.

Extasiado cuando leí de un tirón "Martí en Santo Domingo" lo llamé por teléfono, al calor de la impresión primera, para decirle que no había escrito un libro de historia sino que había acumulado metódicamente una cantera de precioso mármol para uso útil de futuros historiadores.

Y eso fue, en increíble profusión de magníficas obras, la incesante pluma de Rodríguez Demorizi. Una catapultas que, por antítesis mental, en vez de destruir, construía catedrales de primigenia información histórica.

Historiador de historiadores, fue Rodríguez Demorizi.

Lector, hasta el último aliento, de José Martí, y su apasionado admirador, concluía una conversación sobre el mártir de Dos Ríos, sin recordar la más sutil de las imágenes literarias del perenne



precursor del Modernismo: "una mano de valientes". (Porque eran sólo cinco, explicaba repetitivamente don Emilio.)

Así describió, con sublime sencillez, José Martí al audaz grupo que siguió su índice apostólico y se embarcó con él desde Montecristi hasta playas cubanas para luchar por la libertad de Cuba.

Agradecí su carta pública en que como Presidente de la Academia de la Historia, respaldaba la iniciativa que formulé en un artículo de junio de 1980 para incoar la promoción del 150º aniversario del nacimiento del Generalísimo Máximo Gómez Báez, libertador de Cuba, que ocurre este año.

En aquella ocasión le pregunté, cansado de inútiles pesquisas, dónde podría encontrar el libro "Mis relaciones con Máximo Gómez", de Orestes Ferrara. En uso de su característico resorte mental me respondió: "En la Biblioteca Nacional. Porque allí está la biblioteca de Federico Henríquez y Carvajal. Y él lo tenía dedicado por Ferrara". Lamentablemente, allí ya no estaba.

Noté el lamentable pero inexorable decaer de su vívida memoria cuando me dijo recientemente: "Eso está en mi libro. No me pregunte. Lo que escribí, está ahí".

Atenué un tanto mis llamadas, atento al delicado mensaje.

Después me encontré con él en diversas ocasiones. Dos de ellas de carácter más sobresaliente. Una más severa. Se conmemoraba el centenario del nacimiento de Pedro Henríquez Ureña. El más liberal y universalista de los autores dominicanos. En la casa donde nació se distribuyó el libro apologético de Rodríguez Demorizi: "La dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña".

Le solicité su autógrafo. Pero el escritor no llevaba pluma consigo. Apareció una y firmó. La conservo así. Sólo su firma. Sin dedicatoria ni fecha. Después me llamó y se excusó caballerosamente. Me pidió que le llevara la publicación para dedicarla formalmente. Preferí conservarla así. Tal y como era en aquel día.

Finalmente, nos encontramos en el lobby de un hotel de la capital. Me dijo in promptu: ¿No viene usted a la recepción del Ayuntamiento?

Respondí: "No estoy invitado".

"¿Pero usted no ve que yo soy el que da la fiesta...?"

Se desdoblaba, en forma festiva, el humanismo del humanista que yo había percibido lentamente a través de dos décadas en su casa de "las Mercedes y frente a las Mercedes", como él me indicó



la primera vez que me invitó a su casa, que era hogar acogedor, biblioteca erudita, laboratorio de investigador, paraíso de intelectuales.

Allí, junto al espíritu de don Emilio y doña Silverita debe permanecer, al cuidado de sus descendientes y de su Fundación, su biblioteca. Y, ojalá llegue pronto el día en que el edificio entero sea declarado, para honra patria, Monumento Nacional.

HOY, 14 de julio de 1986

